

## Reflexiones en torno a la inteligencia espiritual y la educación. Perspectiva bíblica

SERGIO ROSELL NEBREDA\*

### *Resumen*

*La tercera edición del Aula Abierta de la Facultad Seut, celebrada el 28 de mayo de 2016, tuvo como objeto de estudio la inteligencia espiritual. El teólogo y filósofo catalán Francesc Torralba fue el encargado de abrir la reflexión con la ponencia marco que presentó, «Inteligencia espiritual: apertura y donación». Seguidamente a esta conferencia, se celebró un panel de diálogo en el que se daba respuesta a lo planteado desde las diversas áreas teológicas. Esta es la reflexión realizada desde el área de Biblia\*\*.*

***Palabras clave:** Economía, Santa Cena, mesa abierta, gracia, no-competitividad, libre distribución, ecumenismo*

**P**arece que finalmente en occidente nos estamos dando cuenta –gracias sin duda al influjo de oriente, una vez más– que la existencia es más que pura razón o mero materialismo<sup>1</sup>. Hay mucho que no se percibe con los cinco sentidos que

---

\* Profesor de Biblia en la [Facultad de Teología Seut](http://Facultad de Teología Seut). Correo-e: [sergio.rosell@facultadseut.org](mailto:sergio.rosell@facultadseut.org)

\*\* La obra del F. Torralba sobre esta cuestión es extensa, pero véase en particular *Inteligencia espiritual*, (2010), *Inteligencia espiritual y deporte* (2016) e *Inteligencia espiritual en los niños* (2012), todos publicados en Plataforma Editorial.

<sup>1</sup> Recomiendo el trabajo, desafortunadamente no traducido al castellano, del británico Philip Jenkins, profesor de Historia y Estudios Religiosos en varias universidades norteamericanas, quien tiene como propósito recuperar la historia [perdida] del cristianismo oriental en sus primeros 1000 años de existencia. Philip Jenkins, *The Lost History of Christianity. The Thousand-Year Golden Age of the Church in the Middle East, Africa, and Asia—and How It Died*, New York: HarperCollins, 2008; y *The New Christendom. The Coming of Global Christianity*, Oxford: Oxford University Press, 2011.

es tanto o más importante que la experiencia sensorial. El problema deviene en cómo integrarlo en un todo que dé sentido a las diversas experiencias del ser humano, de forma que estas estén plenamente integradas en el individuo.

Torralba propone el cultivo de la *Inteligencia espiritual* como modelo de integración de todo esto que hemos mencionado, pues es la *Inteligencia espiritual* la que puede proveer el «bienestar integral... entre lo emocional y racional, entre lo corporal y lo espiritual». Estoy de acuerdo con que el ser humano, en búsqueda de sentido, necesita para ello integrar sus diversas experiencias vitales en un todo sumativo, un centro, si se quiere, que provea de sentido y significado a todo lo que ocurre.

La *inteligencia espiritual* se define como esa «capacidad de situarse a sí mismo con respecto al cosmos», según el pensamiento de su descubridor, Howard Gardner, de tal forma que la vida se vive con mayor intensidad, pues se halla significada en cada relación, en cada conversación, en cada acto trivial<sup>2</sup>. No se trata, me parece a mí, de pensar más y más profundamente acerca de nuestra vida diaria, sino de disfrutar más, de saborear lo cotidiano porque se ha abierto la clave misteriosa que nos revela que «hay mucho más ahí de lo que percibe el ojo». Me recuerda al pasaje final de *El último Catón* de M. Asensi, donde se celebra un banquete al fondo de una cueva donde la protagonista ha descubierto a estos hombres que aún mantienen viva la luz antigua. Los miembros de la comunidad disfrutaban a fondo de las viandas: reconocen cada sabor, el maridaje que potencia los sentidos<sup>3</sup>. El simple acto de comer se convierte en una experiencia exquisita, vital. Si vamos al Nuevo Testamento, Jesús el Mesías tiene una expresión muy vívida para expresar algo similar: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn 10,10). La palabra para abundancia, *περισσόν*, señala la exorbitada naturaleza de esta vida que «desborda», es decir, que rebosa los límites naturales de la existencia a la que estamos acostumbrados. De esta manera se califica la «vida» que otorga Jesús. No se trata, por tanto, solo de vivir con más intensidad, sino de desbordar los límites, no tanto controlar la vida en virtud de un «saber estar» frente al cosmos, sino de experiencia de plenitud. Es como esa cerveza bien tirada, cuya espuma abundante es anuncio de una experiencia refrescante. Uso con frecuencia el tema del banquete, de la comida, porque me parece que es una imagen frecuente en el Nuevo Testamento para referirse a la salvación, la gratuidad, etc., pero es que además, como personas mediterráneas, se nos invita al disfrute de los sentidos que no a la mera alimentación.

Este modo de inteligencia, tal y como se presenta en la obra de Torralba, se parece en gran manera a la *sabiduría (hokhmah)* del Antiguo Testamento, pues se trata de la búsqueda del *buen vivir* (conforme a las leyes de Dios, su *Torah*), iluminada por

---

<sup>2</sup> Francesc Torralba, *Inteligencia espiritual*, Barcelona: Plataforma Editorial, 2010. Ver especialmente la sección «vivencia plena del ahora», 258ss.

<sup>3</sup> Matilde Asensi, *El último Catón*, Barcelona: Planeta, 2001.

la fe, que no reniega de la investigación, la sosegada observación de lo que acontece a diario en nuestro mundo, pero que a la vez trasciende la habilidad de la mente<sup>4</sup>. El sabio observa, toma distancia de la experiencia diaria, para poder valorar lo que mejor conviene, no como forma de poder frente al otro, sino como método de dar sentido al cosmos y a las leyes divinas, por muy ocultas que estas puedan aparecer a menudo a nuestros ojos (cf. Eclesiastés 1).

Estoy, no obstante, de acuerdo con la necesidad de trascender lo inmediato, lo sensual o sensorial, porque coincido con la perspectiva del zorro en *El Principito* que «lo invisible a los ojos es a menudo lo más importante». La Inteligencia espiritual parece centrarse justamente en el desarrollo de esta forma de pensamiento y perspectiva en cuanto al cosmos, lo cual me parece muy en línea con el pensamiento del Nuevo Testamento. Torralba habla entonces del cultivo de tal virtud para que adquiera su máximo esplendor, «exige, como cualquier otra modalidad de inteligencia, un desarrollo y una ejercitación». Se trata, sin duda, de un esquema paulino que conocemos bien: el indicativo-imperativo. Por un lado, desde el punto de vista bíblico, esta apertura al sentido del cosmos, cuyo Señor es el Logos, la Palabra creadora de Dios, necesita del despertar del Espíritu, es decir, *extra nos*, pero a la vez requiere de toda la voluntad del hombre para adherirse a tal forma de vida, en confianza de su Señor, de forma que tanto lo que se cree como lo que se practica/vive recorran caminos convergentes a medida que los individuos maduramos en comprensión y práctica de vida, con la esperanza de que todo vaya integrándose en una sola, y más plena, experiencia de vida.

Ahora, desde luego que toda persona puede desarrollar lo que ya tiene, pero me pregunto si con la *Inteligencia espiritual* no sucede con los demás tipos de inteligencia, a saber, que parte es *recibida* (genética, cultural, socialmente, etc.) y parte desarrollada. De esta forma, es plausible que las personas que experimentan la Inteligencia espiritual no hayan de ser religiosas *per se*, pero me queda la duda de si a fin de cuentas estamos hablando de una virtud o si, como afirmara Lutero, se trata de una acción *ad extra* (es decir, divina) que viene acompañada de una disciplina y voluntad que potencian lo que *ya* hay ahí. Desde un punto de vista bíblico es claro que ese despertar a lo divino, a lo genuinamente cristiano, proviene de la iniciativa divina. Todo lo demás es religión, intento humano. Me pregunto, en este contexto, dónde queda la gracia y dónde comienza el ejercicio de la *virtus* como tal.

---

<sup>4</sup> José Antonio Marina, en su obra *Aprender a vivir* (Barcelona: Planeta, 2004), presenta una definición del «vivir bien» que tiene como objetivo conseguir tres bienes: la salud, la felicidad y la dignidad, cada uno de índole diferente (biológico, psicológico y ético). La sabiduría bíblica busca además estar en armonía vital con la divinidad, por lo que añadiríamos un aspecto de índole existencial-religiosa que se refiere a los planos vertical y horizontal respectivamente.

Desde un punto puramente novotestamentario, podríamos decir que no se destierra tanto la posibilidad de que los que no están en Cristo puedan desarrollar una espiritualidad inteligente (por usar las palabras que nos conciernen), cuanto que toda inteligencia fuera de Cristo llega a ser, en último término, viciada, incluso diabólica, como nos indica la carta de Santiago (3,15) cuando su fruto es disensiones, altanería, etc. Con todo, un ejemplo ayudará algo más en este enredo. Tengo un amigo desde la infancia con el que compartía no solo clase, sino una pasión por la ilustración y el arte en general. De hecho montamos una revista cuando teníamos dieciséis años “dando caña” al gobierno, en contra de la OTAN, las centrales nucleares y en general a todo lo que nos parecía falta de libertad. Ambos compartíamos una cierta fe en lo divino, aunque nunca supe si Paco, así se llama mi amigo, compartía mi fe cristiana como yo la vivía. Los avatares de la vida llevaron a Paco a Granada, donde estudió Bellas Artes mientras que yo hacía lo propio en la Complutense. Nos vimos unos años después, yo haciendo ya mis pinitos en la teología y él completamente inmerso en la pintura. Me acuerdo de la zozobra que me produjeron sus palabras al describir su experiencia extática mientras pintaba una de sus obras en el taller: «Sergio, te lo juro, mientras estaba pintando... vi a Dios». La pintura había supuesto para Paco su *sancto sanctorum*, topos de su *visio Dei*, su lugar de contemplación. A mi temprana edad aquello me tomó por sorpresa y mi esquema teológico del momento no podía encajar tal afirmación. Siguiendo el esquema de la inteligencia espiritual, se podría decir que Paco, a la misma edad que yo, había cultivado esta forma de inteligencia de forma más profunda que la mía, puesto que yo aún la situaba en el contexto cultural y él había sido capaz de apreciarla en lo «secular», si es que algo así realmente existe.

### **En cuanto a la inteligencia espiritual y la educación**

**L**os que nos dedicamos a la educación, y más específicamente a la educación teológica, estamos, y hablo de forma personal ahora, hastiados de que la esfera de lo espiritual esté tan poco integrada con la existencia diaria de las personas. En parte la culpa la tiene el estamento religioso, a menudo más preocupado con la «salvación de las almas» que con la vida integrada en el aquí y el ahora. Hace unos años se llevó a cabo una encuesta entre estudiantes universitarios cristianos en el Reino Unido y la mayoría de ellos respondió que la fe tenía poco o nada que ver con el día a día o incluso con sus metas académicas y laborales. No creo tanto que no tuviera nada que ver, después de todo hay un alto grado de interiorización de la fe en países de tradición cristiana, cuanto que no se planteaba de una forma adecuada y/ consciente.

Quisiera ser más claro en este punto: hasta hace muy poco no han surgido trabajos teológicos maduros que se hayan tomado en serio la relación de la fe con el medio ambiente, con las ciencias sociales, etc. Se trata, por tanto de un lento despertar

en occidente, aunque bien es cierto que Padres y Madres de la Iglesia ya habían hablado sobre estas cuestiones en los primeros siglos de nuestra era. Quizás fue que el cristianismo occidental pronto aprendió a cerrar los ojos al orar, volviéndose así excesivamente introspectivo, y dejó de ver la realidad circundante y de prestar atención a las cosas triviales que forman ese todo que es la VIDA que compartimos.

Si hay algo que la *inteligencia espiritual* puede aportar en este sentido es como plataforma consciente acerca de cómo relacionarnos con el cosmos, en su sentido más amplio. Uso la palabra «cosmos» en su acepción novotestamentaria, como compendio del mundo habitado (*oikoumene*) más todos los órdenes que lo componen, desde el animal, geológico, vegetal, etc. La inteligencia espiritual, como práctica de la *hōkhhmah/sophia* en sentido bíblico, es hacer de este mundo «hogar», es decir, comprenderlo para transformarlo/domesticarlo (de la palabra *domus*, «casa» en latín) para que devenga en *habitación/habitáculo*, lugar de vida cómoda y amable, y eso exige la integración de todos los órdenes sobre los que podemos ejercer algo de influjo, ya que como bien dice Torralba, el ser humano es el único ser que puede modificar el medio ambiente para adaptarlo a sus necesidades<sup>5</sup>.

Este punto es crítico en nuestra historia actual. En apenas poco más de un siglo la esperanza de vida en Europa ha pasado de unos treinta años de media (como hoy día en Sierra Leona) a más de ochenta. Con apenas treinta años de esperanza de vida solo se puede tener tiempo para «culminar el propósito evolutivo de reproducirse. No había futuro ni, por lo tanto, la posibilidad de plantearse un objetivo tan insospechado como el de ser felices»<sup>6</sup>. Con nuestra conseguida longevidad la educación se convierte en un elemento clave, pero se trata de una educación que ha de tratar todos los aspectos de la existencia humana, para que podamos hacer del cosmos hogar.

Aun así observo los programas académicos de las universidades y seminarios teológicos y sigo viendo las mismas asignaturas repetidas por doquier. Algunas presentan algunas características más abiertas: teología feminista y womanista, hermenéutica ecológica, fe y arte, ciencia y fe, etc., pero en general se pide que el alumnado sea, en último término, el que tenga que hacer la transición de integrar tanto desborde de conocimiento en un todo con sentido<sup>7</sup>. Se da un curioso desarrollo en la sociedad actual que Z. Bauman ha denominado «modernidad líquida»: el conocimiento

---

<sup>5</sup> El llamado «mandato cultural» de Génesis 1, y que se desarrolla más en detalle en el cap. 2, tiene como objeto precisamente que los seres humanos hagan del mundo creado su hogar: administrándolo, cuidándolo, nombrándolo. En esencia, llamarlo «casa», «hogar».

<sup>6</sup> Eduardo Punset, *El viaje a la felicidad. Las nuevas claves científicas*, Barcelona: Destino, 2005, 9.

<sup>7</sup> Ver los esfuerzos, en este sentido, de obras como la de Ned Bustard (ed.), *It Was Good. Making Art to the Glory of God*, Baltimore: Square Halo Books, 2006. T. J. Gorringer, *The Education of Desire. Towards a Theology of the Senses*, Harrisburg: Trinity Press International, 2002. Robert Jewett, *Saint Paul Returns to the Movies. Triumph Over Shame*, Grand Rapids: Eerdmans, 1999. David Horrell (ed.), *Ecological Hermeneutics. Biblical, Historical, and Theological Perspectives*, London: T & T Clark, 2010.

es solo de usar y tirar. Está al alcance del teléfono inteligente. Tan accesible e inmediato como ausente de que tengamos que interiorizarlo<sup>8</sup>. Falta profundidad y sobra extendernos tanto que nada abarcamos de veras. Sin una verdadera desconexión primera es difícil hacer una conexión entra las partes que merezca la pena. Creo que la tarea es ardua y revela, quizás, la incapacidad de los docentes para saber guiar en esta dirección. En este contexto diríamos que nos falta cultivar la inteligencia espiritual en el proceso educativo. Hay que avanzar hacia un modelo más integrador que no depende solo del educador como elemento armonizador, sino de ir un paso más allá y hacer del proceso educativo una experiencia entre todos que supere el esquema tradicional expertos-novicios. Se trata de apertura común hacia la VIDA donde cada individuo puede aportar desde su experiencia de vida en un marco de libertad y al mismo tiempo de seriedad académica. La educación basada en este tipo de inteligencia, o es verdaderamente comunitaria o no será ni inteligente ni espiritual.

Finalmente, estoy de acuerdo con Torralba en que la educación que realmente merece la pena ha de tomar conciencia de las inteligencias múltiples y tratar por tanto de potenciarlas todas en el proceso educativo. Pero hay más, estas han de saberse integrar en la persona y en el grupo de forma coherente para no caer en el error de crear individuos aislados, fuertes en lo académico, pero incapaces de trabajar en equipo o de superar el egocentrismo/individualismo que acecha nuestra sociedad occidental de hoy día.

---

<sup>8</sup> Zygmunt Bauman, *The Art of Life*, Cambridge: Polity Press, 2008.